

DUVERGER, Maurice: *Los Partidos Políticos*. Traducción de Julieta Campos y Enrique González Pedrero. Publicado por Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1957. Un volumen de 457 páginas.

EL AUTOR DE ESTA IMPORTANTE obra, Director del Instituto de Estudios Políticos de Burdeos y Profesor de la Facultad de Derecho de París, hace en ella un análisis muy interesante y actual de los partidos políticos desde un punto de vista predominantemente sociológico, con miras a trazar lo que él considera una primera teoría general de los partidos, necesariamente vaga, conjetural, aproximativa, que pueda servir de base y guía a más profundos análisis.

Modestamente ruega a sus lectores que no olviden el carácter altamente conjetural de la mayor parte de las conclusiones formuladas; pues estima que sólo dentro de cincuenta años será posible describir el funcionamiento real de los partidos políticos, ya que en la actualidad estamos en la edad de las cosmogonías.

Al referirse al origen de los partidos, señala que éstos datan de hace apenas un siglo y su desarrollo parece ligado al de la democracia, a la extensión del sufragio popular y de las prerrogativas parlamentarias. El mecanismo general de esta génesis se reduce a tres elementos: creación de grupos parlamentarios, en primer lugar; aparición, en segundo término, de comités electorales; y establecimiento, por último de una relación permanente entre esos dos elementos. Duverger sostiene, como se ve, que los partidos se definen más bien por su organización que por su doctrina y programa, o por la clase de sus miembros: un partido es una comunidad con una estructura particular.

Al analizar la estructura de los partidos, se refiere a los elementos de base: el comité, la sección, la célula, la milicia, haciendo observaciones muy importantes; y luego destaca que el problema planteado por la forma de vincular estas unidades, no es puramente técnico sino esencialmente político, ya que la disposición de los enlaces y las relaciones entre los grupos elementales del partido influye en sus militantes, en su unidad doctrinal y en su eficacia de acción. Clasifica así la articulación, o modos de enlace de los elementos de base, en débil y fuerte, vertical y horizontal, centralizada y descentralizada.

Continuando en el análisis de la estructura de los partidos, distingue a éstos en partidos de cuadros y partidos de masas. Lo que los partidos de masas obtienen por el número, expresa el autor de este interesante estudio, los partidos de cuadros lo obtienen por la selección; y aunque es clara en principio esta distinción, no resulta siempre fácil de aplicar, pues los partidos de cuadros se abren frecuente-

mente a miembros ordinarios, imitando a los partidos de masas, por lo que hay pocos partidos de cuadros en estado puro. Tal parece que ciertos partidos de masas se desvían hacia una tercera categoría: los partidos de fieles, más abiertos que los partidos de cuadros, pero más cerrados que los partidos de masas. Recuerda Duverger que según la concepción de Lenin, el partido no debe englobar a toda la clase obrera, sino que representa sólo su vanguardia, su avanzada, "la parte más consciente."

Al tratar de los problemas relacionados con la dirección de los partidos, indica que oficialmente los dirigentes son elegidos, casi siempre, por los miembros militantes, pero que en la práctica el sistema democrático de elección es sustituido por técnicas autocráticas de reclutamiento. Observa con agudeza que la forma de la autoridad se modifica dentro de los partidos conforme a una doble trayectoria evolutiva: en una primera fase, se pasa lentamente de la dirección personal a la dirección institucional; y en una segunda fase, se percibe cierta vuelta hacia atrás, pues a través del cuadro de las instituciones, la autoridad recobra el carácter personal. Y en relación con este mismo capítulo general, alude a las rivalidades entre dirigentes y parlamentarios, que según Duverger es una consecuencia natural del desarrollo de las estructuras de los partidos.

En el segundo libro de esta obra, aborda el estudio sobre los sistemas de partidos, analizando en capítulos especiales el dualismo de los partidos, el multipartidismo, y el partido único. A propósito de los caracteres generales del partido único, hace observar que para los apologistas del sistema, el partido único tiene una doble función: forjar nuevas *élites*, crear una clase dirigente nueva y formar a los jefes políticos aptos para organizar el país, porque las masas no pueden gobernar por sí mismas; y por otra parte, establecer un contacto directo y permanente entre el gobierno y el país, sirviendo de intermediario entre el gobierno y la opinión del pueblo, ya que el partido único hace oír a los jefes la voz del país y al país la voz de los jefes. En cambio, para los adversarios del partido único, éste constituye una variedad nueva de un tipo sociológico muy antiguo: la guardia pretoriana que permite a un tirano asentar su dictadura; el partido único tiende a convertirse en la "clientela" del dictador, unido a él por los favores que sus miembros reciben; la novedad consiste en la organización técnica de esa "clientela," no en su existencia, común a todos los sistemas tiránicos; y si bien esta guardia pretoriana no obtiene su fuerza de picas y lanzas, siguiendo la tradición de los tiranos antiguos, obtiene esa fuerza de la propaganda: constituye el órgano de propaganda más perfeccionado, y cuando la persuasión no basta, va acompañada de la vigilancia y de la represión.

Para Duverger no hay incompatibilidad entre los términos de la democracia y del partido único. El comunismo y el fascismo no constituyen los únicos tipos posibles de partido único. Y en apoyo de su tesis cita el ejemplo del Partido Republicano del Pueblo que funcionó en Turquía de 1923 a 1946, como partido único, cuya originalidad residía en su ideología democrática; pues el partido no era presentado como un ideal, sino como una necesidad lamentable y provisional, siempre se sintió molesto por el monopolio, y casi avergonzado. Y el régimen portugués presenta caracteres un tanto análogos a los del Partido Republicano Turco. Según esto, habría que distinguir el partido único que se afirma provisional y el partido

único que se afirma definitivo, siendo indudable la naturaleza antidemocrática de este último, no así la del primero que podría ser considerado como una etapa necesaria en el camino del pluralismo, como una democracia en potencia. Pero considera que en este caso es necesario que los hechos acompañen a las palabras; pues las promesas no cuestan a los gobiernos, y anunciar la democracia para mañana no significa nada, si no se empieza a realizarla desde hoy.

Esta breve síntesis de algunos de los importantes temas que se estudian en la interesante obra que reseñamos, muestra que su autor logra, desde el punto de vista predominantemente sociológico en que se sitúa, el objetivo que se propuso, o sea trazar una primera teoría general de los partidos que pueda servir de base y guía a más profundos análisis. Tal vez las conclusiones a que llega pueden parecer inaceptables, por cuanto no se fundamenta la preferencia inocultable de Duverger por los regímenes sinceramente democráticos; sin embargo, no hay que olvidar que nuestro autor hace un estudio de tipo descriptivo, sociológico, de los partidos políticos, sin profundizar en el estudio de las doctrinas en que se inspiran los idearios políticos de esos partidos, tarea que corresponde propiamente a la filosofía política.

LIC. RAFAEL PRECIADO HERNÁNDEZ,

Director del Seminario de Filosofía del
Derecho y Sociología Jurídica y Profesor
de la Facultad de Derecho.